

podemos calificar de militante en la que faltan algunas consideraciones, principalmente sociales, ya que la mayoría de la población —al menos fuera del Tercer Mundo— ha asumido desgraciadamente el modelo consumista y de despilfarro —que le ha ofrecido en hábil maniobra el capitalismo internacional—, trampa de la que no consiguen separarse ni los partidos de izquierda, cuya meta es o debería ser la liberación de los hombres, ni los países de economía planificada. En cualquier caso, no cabe duda de que se trata del mejor libro en España sobre ese tema, desde la óptica que está escrito y cuya lectura resulta muy recomendable, sobre todo en momentos como el presente en que el Plan Energético Nacional está en candilero y cuando los ecologistas solicitan un debate público y hasta un referéndum sobre el tema de las centrales nucleares.

Es difícil distinguir alguna parte del trabajo, cuando éste es notable desde el principio al fin. Pero quizá resulten esclarecedoras las páginas en que el autor muestra el interés por parte de España de poseer la bomba atómica, intención que, naturalmente, partió de la desatinada mente del almirante Carrero Blanco, que tan ingratos legados nos dejó. ■ **JUAN MAESTRE ALFONSO.**

“Conceptos fundamentales de Filosofía”

Un libro de indudable importancia, que sólo es el primer tomo de una serie de tres volúmenes (1), donde por orden alfabético tratan diversos especialistas los conceptos más importantes del ejercicio del filosofar.

Es una obra que no pretende ser ni una enciclopedia, ni un diccionario, ni un léxico. Tiene la pretensión de abarcar solamente aquellos temas que parecen más fundamentales, y lo hace de un modo original: no siguen sus autores claramente una determinada escuela o sistema, sino que conciben la filosofía como el ejercicio crítico de nuestra razón en profundidad. Un esfuerzo sistemático —y asistemático también— que desveló muy conscientemente Kant, aunque estaba ya presente en toda filosofía anterior.

(1) H. Krings y otros: “Conceptos fundamentales de Filosofía”. Ed. Herder. Barcelona, 1977.

Promoción desheredada

La colección *Guernica de literatura* ha lanzado recientemente una antología de poetas generacionalmente integrados en lo que conoce quien hace la edición como promoción desheredada, la poesía de los años 50 (1).

Se trata de un laborioso trabajo de Antonio Hernández, poeta a su vez, quien hace preceder a la selección minuciosa de poemas y poetas de una breve aproximación a la historia de la poesía que antecedió, y de alguna forma motivó, el surgimiento de la poética del 50.

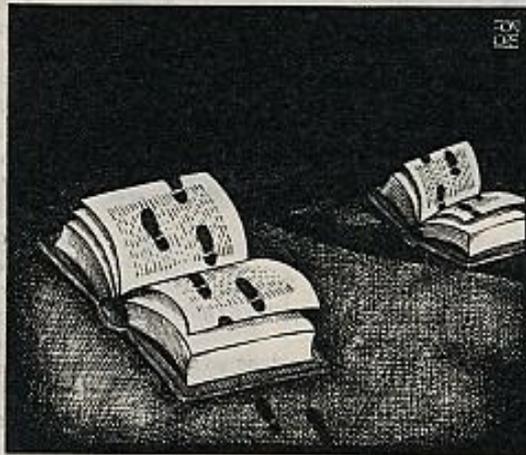
Así, partiendo del 98 y del 27, se analiza en la medida que interesa los grupos en torno a la literatura que habían surgido con anterioridad, como *Españaña*, a la quinta del 42, especialmente teniendo como base revistas como “*Juventud*”, “*Garcilaso*”, “*Peñalabra*”, “*Proel*”. El postismo, preocupado, según Hernández, exclusivamente por la pureza y la excelencia técnica. Luego, la poesía social.

Poetas, los de esta promoción, que surgen en las condiciones difíciles del franquismo y que muestran de diferentes formas su repulsa al sistema. Unos, con una poesía que si es necesario encasillar la denominaríamos “social”, o “cívica”; otros, investigando en el lenguaje; otros, buscando en lo lúdico, en lo onírico, expresión de la ruptura que viven respecto del pasado. Todos, haciendo poesía, sublimando el drama colectivo que se vive en el país.

El antólogo, libre es de hacer lo que mejor crea, los reúne en grupos localizados geográficamente. Así se irán analizando las características generales y de cada uno de los integrados en el libro. Luego serán ellos mismos los que oigamos gracias a la selección de poemas, pero esto sólo se consigue leyéndolos sin prisa, sin comentario ajeno, con el libro, solos con ellos, con sus mundos reflejados en versos.

Y acabará Antonio Hernández conduciéndonos a todo un laberinto a veces inútil que nos permite, en algún momento al menos, conocer lo que los poetas mismos piensan sobre su propia poesía y sobre otros aspectos parecidos de su vida y de su obra. Puede que sea interesante haber incluido las innovaciones con las que finaliza su trabajo, pero sí que es, al menos, desviarnos un tanto la atención de donde ha de estar: en el contenido y en la forma de esa poesía que nombres hoy ya tan conocidos como los de Caballero Bonald, Carlos Barral, Angel González, Gil de Biedma, Claudio Rodríguez, Goytisolo, etc., creaban en la década de los 50; coordinada ésta también impuesta subjetivamente por el antólogo. ■ **VICTOR CLAUDIN.**

(1) Antonio Hernández: “Una promoción desheredada. La poética del 50”. Editorial Zero-ZX.



Los autores pretenden incitar a la reflexión personal del lector, dialogar razonadamente con él y no quieren ni abarcar todos los filosofemas existentes sin dar un estado completo de la cuestión o de la ciencia filosófica, ni un “excursus” mera-

mente histórico. Lo que intentan —y crep que sustancialmente lo consiguen— es “ofrecer filosofía en acto”, en una palabra: filosofar.

Ahora estamos muchos demasiado ahitos de erudición, historia, análisis de la forma de

pensar y búsqueda minuciosa del punto de vista exacto de un pensador determinado o de una corriente filosófica. Está de moda un afán de exactitud matemática en este tipo de estudios histórico-filosóficos o biográfico-filosóficos (empleo la palabra biografía en el sentido de vida filosófica y pensar filosófico de un determinado autor). Afán que agosta —en mi opinión— el interesante, útil y necesario ejercicio de filosofar.

Aquello de Platón, que quería filósofos para ser gobernantes, debía ser meditado en medio de nuestra crisis política, social y económica. No podemos salir de ella sin gente que filosofe sobre la vida política, social o económica, que profundice y vaya a la raíz de las cosas, no para saber la historia de lo que otros pensaron sobre las mismas, sino para pensar nosotros personalmente sobre ellas, aclarándonos nosotros mismos de cara a la compleja y confusa realidad que nos rodea.

Hay que aprender a desentrañar esta realidad, y buscar los instrumentos que nos proporcionan y facilitan este ejercicio. Así descubriremos que la entraña de la realidad es “vida” y no “ser” muerto y estático, como aclaró de una vez por todas nuestro Ortega. Y es preciso que el filósofo —y todos deberíamos serlo en algún modo— no olvide que su actividad es algo más que una profesión, es una necesidad de la vida de todos para gobernarse por los vicisitudes del mundo (de este y del otro mundo) y del propio ser. Por eso todo hombre —bien o mal— filósofo, tiene una implícita o explícita concepción del mundo —de las cosas y de los hombres— que se tiene que llamar sin duda filosofía. Chesterton, hace cincuenta años, lo recordó muchas veces y no le hicimos caso, por eso nos equivocamos al juzgar a los hombres por detalles accesorios o reacciones ambiguas, y no por deducciones lógicas de la clave de su personalidad que está en su implícita filosofía, en su concepción del mundo.

Otro problema es que la profusión de ideas, corrientes y sistemas desorganiza hoy nuestra mente, y el afán de conocer este mundo inflacionario del pensamiento filosófico abstracto estudiado con matemática exactitud, es algo que ocupa excesivamente nuestro espíritu y le impide estar fresco y preparado para acercarse a la realidad vital sin prejuicios ni pantallas que le impiden verla como es. Filosofar es ver y palpar la rea-